

combaten dos religiones y dos pueblos: la Religión cristiana y la mahometana, los árabes y los españoles. Esta guerra se termina con el triunfo definitivo de uno de estos dos pueblos y de una de estas dos religiones: con el triunfo del pueblo español y de la Religión cristiana, con la humillación del islamismo y la expulsión de los árabes. En la guerra interior, la contienda es exclusivamente entre los principios que aspiran á dominar en la sociedad cristiana y española. Estos principios son: el monárquico, el democrático y el religioso por una parte, y el aristocrático por otra. Los primeros, nacidos de las entrañas históricas del pueblo español, y el segundo, nacido de la guerra que el pueblo español sostuvo contra sus conquistadores, como quiera que la guerra engendró la aristocracia. Por donde se ve que la guerra exterior fué causa de la guerra interior, puesto que en ella tiene la aristocracia su origen, y sólo la aristocracia lo explica. Esto supuesto, ¿cuándo debió terminarse la guerra interior entre los principios monárquico, democrático y religioso por una parte, y el aristocrático por otra? Debió terminarse cuando tuviese un término la guerra exterior, puesto que en ella había tenido su origen. Lo que debía suceder sucedió, siendo admirable la concordancia entre la lógica de las ideas y la lógica de los hechos, entre la Filosofía y la Historia.

La aristocracia dejó de ser poderosa, no sólo para dominar, sino hasta para combatir, en tiempo de los Reyes Católicos, cuando, expulsados los árabes de Granada, vió la Europa tremolar sobre sus muros el estandarte de la Cruz, vencedor del estandarte del profeta en un torneo de ocho siglos.

ESTADO

DE LAS

RELACIONES DIPLOMÁTICAS ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA

ESTADO

DE LAS

RELACIONES DIPLOMÁTICAS ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA

EXPLICADO POR EL CARÁCTER DE LAS ALIANZAS EUROPEAS

Apasionada y borrascosa, aún más que de costumbre, ha sido la discusión sobre el estado de nuestras relaciones exteriores en la presente legislatura. Lo cual no causará maravilla ni á propios ni á extraños si se advierte por una parte que va andando el tiempo desde que se encendió en el Norte de España la tea de la discordia, y que con el tiempo van agravándose nuestras dolencias y creciendo nuestras tribulaciones; y por otra, que algunas potencias que se llaman nuestras amigas, y que son nuestras aliadas, apartan de nuestros infortunios sus ojos, cierran á nuestros clamores sus oídos y retiran de nuestra mano su mano. ¿Qué mucho, pues, que, tomando consejo de su desesperación, los representantes de la nación española no puedan sofocar en la garganta la queja? ¿Quién pedirá templanza y mesura á los agraviados y á los tristes? ¿Quién impedirá al agraviado que levante al cielo su clamor, y al triste que gima?

Y, sin embargo, fuerza es confesar, por más que el confesarlo sea para mí doloroso, que si los señores diputados que tomaron parte en esta solemne discusión dieron muestra del más acendrado patriotismo, no supieron, no sólo resolver, pero

ni aun fijar la grave y ardua cuestión que á los Cuerpos colegisladores había sometido la Regente augusta de España.

Del tratado de la cuádruple alianza sólo nos queda el nombre sin la cosa, la letra sin el espíritu. Hecho es éste que ni los legisladores ni los escritores públicos necesitan consignar y encarecer, como quiera que bastante consignado está en nuestro desamparo y abandono, y que sobradamente le encarecen las voces de espanto y de dolor que se lanzan en los aires, las víctimas que sucumben y la sangre que se derrama del uno al otro mar, y desde las cumbres del Pirineo hasta las columnas de Hércules. Este hecho no necesita consignación ni encarecimiento ni declamaciones; pero debe ser bien comprendido, y para serlo debe ser bien explicado.

Ahora bien: en el estado en que se encuentra Europa, una cuestión internacional, cualquiera que ella sea, no puede ser cabalmente comprendida si no lo son del mismo modo todas las grandes cuestiones que se agitan y promueven por los Gabinetes europeos. ¡Tan grande es su trabazón, tan íntima su mutua dependencia en esta era del mundo! Por eso no buscaré yo el origen de la conducta de la Francia en la claridad ni obscuridad del espíritu ó de la letra del tratado. Tampoco le buscaré en afectos personales, que no alcanzan ya á determinar la política de los Príncipes, ni son poderosos para estrechar ó romper los vínculos de las naciones; porque las naciones y los Príncipes, atentos hoy á más graves intereses, ni conciertan alianzas, ni ajustan paces, ni se declaran la guerra por tan livianos motivos. Para encontrar el verdadero origen del profundo olvido en que yace por parte de una nación vecina el tratado de la cuádruple alianza, es necesario levantar el pensamiento á la contemplación de las varias vicisitudes y trastornos que han experimentado las alianzas europeas.

Unas mismas son las causas generales que producen las guerras y las alianzas en todos los tiempos y entre todas las naciones, á saber: los principios religiosos, los principios políticos y los intereses materiales. No sé si existe una época en

la Historia en que una sola de estas causas, sin ser modificada por las demás, haya sido bastante poderosa para dividir á los pueblos en grupos encontrados y en confederaciones enemigas; pero si me creo autorizado para afirmar, sin temor de ser desmentido por los hechos, que en cada una de las grandes épocas históricas del género humano, una de esas causas generales ha ejercido un influjo más poderoso que las otras en las alianzas y contiendas de las naciones, asentando su imperio y su dominación sobre las gentes. Para no tomar desde muy arriba la corriente de los siglos, me limitaré á consultar los anales de la Europa moderna.

Cuando el cristianismo, encarnado en los Pontífices, subió al Capitolio, y los bárbaros del Norte se derramaron por el Imperio de los Césares, el principio religioso, siendo el único principio social que á la sazón existía, fué el dominante en el mundo. Por esta razón, en esa época histórica el principio religioso preside á las guerras que se levantan, á las confederaciones que se forman y á los tratados que se ajustan. La Iglesia católica se encontró sucesivamente en presencia de las sectas heréticas, del islamismo y de la Iglesia reformada; en presencia de Arrio, de Mahoma y de Lutero. El encuentro de esas diversas sectas y de esas opuestas religiones sirve para explicar cumplidamente las guerras y las alianzas de ese período histórico que comienza con la destrucción del Imperio de Occidente y concluye con la paz de Westfalia y con la guerra de treinta años. Si se suprime de esta época el principio religioso, quedan suprimidas de una vez casi todas las alianzas, casi todas las guerras y casi toda la Historia. Porque ¿qué nos contaría la historia de esos tiempos bárbaros si no nos refiriera las mil sangrientas batallas que trabaron entre sí los cristianos ortodoxos y los sectarios herejes, la formidable liga de todos los pueblos de la cristiandad contra todas las razas y naciones que adoraban el estandarte del profeta, y el encuentro del Occidente y del Oriente por la conquista y la posesión de un sepulcro?

Y no se crea que en toda la prolongación de esta época dominada por el principio religioso, ni se levantaron guerras ni se ajustaron alianzas que tuvieran su origen en los principios políticos y en los intereses materiales, no, porque estos intereses y aquellos principios son eternos¹; el principio religioso en una época determinada puede dominarlos, pero en ninguna época social puede suprimirlos. Por esta razón en este período histórico, como en todos los demás, los Príncipes y las naciones se encontraron en los campos de batalla para dilatar sus dominios, para acrecentar su poderío y para ensanchar sus fronteras. Por donde se ve que cuando afirmo que en esta época del mundo el principio religioso presidió á las guerras y á las alianzas de los pueblos, nada más quiero decir sino que el principio religioso, como dominante que era entonces en Europa, no consintió que por ningún otro principio se aparejasen los ejércitos y se conmoviesen las naciones cuando en la contienda estaba directa ó indirectamente interesado. Nada más quiero decir sino que, cuando la cuestión religiosa aparecía, todas las demás cuestiones se aplazaban. Nada más quiero decir, finalmente, sino que los Príncipes y los pueblos separados entre sí por la divergencia de sus principios políticos ó la oposición de sus intereses materiales, militaban bajo una misma bandera si por ventura reconocían un mismo principio religioso; así como militaban bajo banderas diferentes si reconocían diversos dogmas ó diferentes religiones, aun cuando fuesen aliados naturales por la identidad de sus intereses y por la consonancia de sus principios políticos. Este orden de cosas tuvo fin cuando, tras largos años de guerras y de disturbios entre protestantes y católicos, lució un día de paz y de bonanza para entrambas religiones²; cuando la diplomacia europea, presentando la oliva á los ya desalentados combatientes, inauguró un nuevo culto y reconoció políticamente un nuevo cristianismo,

1 "Durables", quiso decir Donoso, que no eternos, refiriéndose á los intereses materiales.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

2 Imposible es que sea día de verdadera paz para la Religión verdadera aquel en que se goce y alegre alguna religión falsa.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

á quien dió el nombre de Iglesia reformada en sus fuentes bautismales.

Este día señaló una nueva era para el mundo. Cuando se comienza á transigir sobre un principio, ese principio comienza á perder su imperio sobre las sociedades humanas; por esta razón, las transacciones son signos ciertos de que la dominación de un principio acaba y la de otro nuevo se anuncia; de que el último va á entrar en el período de su progreso, y el primero en el de su decadencia. Esto cabalmente sucedió entonces con el principio religioso. Enflaquecida la Iglesia católica con la escisión de la Iglesia protestante, y la Iglesia protestante con las discordias que atesoraba en su seno, el principio, que cuando fué uno fué el principio dominante en los consejos de los Príncipes y en el corazón de las naciones, quebrantada su poderosa y magnífica unidad abandonó el imperio de la Europa, y entrando, si puede decirse así, en un augusto reposo¹, dejó libre el campo para que nuevos principios y nuevos intereses se señoreasen de la tierra.

Entonces llegó su vez á los intereses materiales, y los Gabinetes pusieron exclusivamente sus miras en el equilibrio europeo. Así como en los siglos bárbaros las alianzas y las guerras se ordenaron principalmente para un fin, que fué la dominación asentada y exclusiva de un principio religioso, así también, después de los tratados de Munster y de Ornabruck, se ordenaron para otro fin, supremo en esta época social, que fué la conservación del equilibrio en las regiones occidentales del mundo. En los siglos anteriores, la única cuestión general que ocupaba los ánimos de los hombres, era si el Occidente esclarecería con la antorcha de la fe las tinieblas del Oriente; si la Iglesia ortodoxa extirparía las herejías; si las huestes cristianas relegarían al otro lado de los mares europeos, y más allá

1 Muy mal dicho: la Religión católica no abandonó su imperio cuando la paz de Westfalia, sino ella fué la abandonada por la política protestante, ó semiprotestante de los Príncipes, no entrando á la verdad en un "augusto reposo", sino en un período de opresión y de angustia, á que habo de seguirse el triunfo de la irreligión en la vida pública de toda Europa.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

de sus islas, á las muchedumbres agarenas. Después de la paz de Westfalia, la única cuestión general que ocupaba los ánimos de los hombres fué la de si la balanza en donde se pesaban los destinos del mundo permanecería en su fiel, ó si se inclinaría al lado de Francia ó al lado del santo Imperio. Así como en la época anterior los Príncipes y las naciones sacrificaban sus intereses políticos y materiales al triunfo de sus creencias religiosas, de la misma manera, en la época que vamos recorriendo, sacrificaron frecuentemente sus creencias religiosas á la extensión de sus dominios.

Entretanto, con el abatimiento del principio religioso y la dominación del principio materialista se amancipó completamente la razón humana, libre ya de sus antiguas ligaduras. En los primeros días de su emancipación, tímida y modesta ¹ sin duda por el recuerdo de su pasada servidumbre, sólo se ocupó en interrogar á la Historia, en penetrar el sentido misterioso de las palabras pronunciadas por los filósofos antiguos, á quienes rindió culto y homenaje, esclava de su voz, como si su voz fuera la verdad, y toda la verdad anunciada á la tierra por los antiguos oráculos. Este período, que es el de la infancia de la Filosofía ², no podía durar mucho tiempo. Porque ¿cómo es posible concebir que la razón humana, después de haberse emancipado de la autoridad teocrática y religiosa, se humillase por largo espacio de tiempo ante la autoridad ilegítima y bastarda de los antiguos filósofos? Pues qué, la que se tenía en mucho para ser esclava de Dios, ¿podía estimarse en tan poco que se reconociera á sí propia esclava de algunos hombres? O no hay lógica en el progresivo desarrollo de los acontecimientos y de las ideas, ó la emancipación de la razón humana debía terminarse por la adoración de sí misma. El cetro del mundo es demasiado grave, y los hombres demasíadamente flacos para moverle si, por ventura, no se agrupan y se unen. No llevándole Dios, deben llevarle todos. No perteneciendo á la Provi-

¹ "Hipócrita," debió decir.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² Nombre que á sí misma se dió la Religión.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

dencia divina, no podía pertenecer á la razón de Pitágoras, ni á la de Platón, ni á la de Aristóteles, ni á la de Epicuro, sino á la razón humana; es decir, á la razón de todos los hombres. Así fué que la razón humana, una vez separada de Dios,apuró en breves instantes las consecuencias lógicas de su absoluto aislamiento, proclamándose á sí propia señora de la tierra y alzando hasta las nubes su trono.

Este segundo y último período de la Filosofía comienza en el siglo XVIII; señora entonces del mundo de las ideas, aspiró á descender de tan augustas regiones para dominar los acontecimientos históricos y para dirigir las sociedades humanas. Lo cual no parecerá extraño al que considere cuán natural cosa es que, siendo las ideas las que determinan los hechos, aspire á reinar sobre los hechos la que es señora ya de las ideas. Entonces sucedió que la Filosofía, buscando *el porqué* de todas las cosas ¹, quiso averiguar *el porqué* de todas las instituciones políticas, religiosas y sociales, y citó ante su augusto tribunal á los Reyes, á los sacerdotes y á los pueblos. Y como por una parte *el porqué* de estas instituciones estaba escrito en una esfera más alta que la suya, y como por otra la Filosofía negaba todo lo que estaba fuera de su jurisdicción y dominio, negó *el porqué* de todas las instituciones existentes, las desdeñó como absurdas, las condenó como monstruosas y las execró como opresivas y arbitrarias. Y como la Filosofía no podía contentarse á sí propia con esta negación absoluta, quiso, nuevo Prometeo, robar al cielo su lumbre y amasar nuevamente á su antojo, dándole el soplo de vida, el barro vil de la tierra.

Entonces se volvió contra los Reyes estremecidos en sus Tronos: y, confundiendo la institución con las personas, no vió en ellos sino usurpadores y tiranos. Entonces se volvió contra los sacerdotes: y, confundiendo á la Religión con sus Ministros, no vió en ellos sino asquerosas arpías. Entonces, en fin, se dirigió á la plebe: y no pudiendo explicar *el porqué* de su abati-

¹ No era eso lo que buscaba la Filosofía del siglo XVIII, sino antes hacía todo lo contrario, que era negar á Dios, último *porqué* de todas ellas.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)